

En las sociedades de control [...] lo esencial no es ni una firma ni un número, sino una cifra: la cifra es un *password*, mientras que en las sociedades disciplinarias son reguladas por consignas [...]. El lenguaje digital del control está hecho de cifras que determinan el acceso a la información, o la denegación de la misma. Ya no nos encontramos frente a la pareja masa / individuo. Los individuos se han transformados en «dividuos» y las masas en muestras estadísticas, en datos, en mercados o en «bancos».⁴²

Estas estrategias de *control preventivo* no pueden, por lo tanto, escapar a las contradicciones constitutivas que las llevan a situarse siempre en el límite de la paradoja. Pretenden establecer un régimen de previsibilidad absoluta, de anticipación y de categorización, allí donde la productividad de la multitud se basa exactamente en lo contrario: lo imprevisible, lo inédito, lo irrepetible. Estas estrategias, por otra parte, no pueden más que mantenerse fuera de los procesos de comunicación e intercambio que animan los flujos de la producción virtual, configurándose por lo tanto sólo como límites impuestos a esta libre circulación de los flujos. Sin embargo, una vez más, este límite no puede transformarse en una disciplina en sentido estricto, ya que tal estrategia socavaría las condiciones de la propia productividad.

La distribución horizontal de informaciones y el acceso indiscriminado a los no-lugares en los cuales estas son producidas representan hoy la forma más grave del atentado a la apropiación capitalista de los medios de producción. Por lo tanto, las nuevas estrategias de control intentan, entre paradojas y contradicciones, tutelar esta apropiación. Se comprende así porqué no resulta exagerado afirmar que «Internet es el chivo expiatorio más importante de nuestro tiempo, la madre de todas las emergencias, la *jihad* que presupone y justifica toda guerra local».⁴³

⁴² DELEUZE, G., «La società del controllo» en DELEUZE, G., *Pourparlers*, ed. it., Quodlibet, Macerata, 2000, pág. 239 [ed. cast.: *Conversaciones*, Pre-textos, Valencia, 1996]. Para un análisis de los problemas del control derivados del desarrollo de las redes véase THOMAS, D. / LOADER, B. (ED), *Cybercrime. Law Enforcement Security and Surveillance in the Information Age*, Routledge, Nueva York, 2000.

⁴³ L. BLISSET PROJECT, *Nemici...* pág. 11.

Todo ello nos remite de manera significativa a los comienzos del modo de producción capitalista, a los momentos en los que surge la policía moderna (Inglaterra, entre los siglos XVII y XIX), con motivo de la aparición y proliferación de manufacturas, maquinarias, *stocks* de mercancías y comercios:

Estas fortunas, compuestas de *stocks*, de materias primas, de objetos importados, de máquinas, de oficinas, se encuentran expuestas de manera directa a los robos. Toda esta población de pobres, de desocupados, de personas que buscan trabajo, tienen ahora un contacto directo, físico, con las fortunas, con la riqueza. El asalto o robo a barcos, el saqueo de comercios, depósitos, *stocks* y oficinas son algo cotidiano a finales del siglo XVIII en Inglaterra. El gran problema del poder en la Inglaterra de esta época es, precisamente, cómo promover los mecanismos de control que permitan proteger esta nueva forma material de riqueza.⁴⁴

Estas nuevas exigencias de control determinaron, por un lado, el nacimiento de la policía tal y como hoy la conocemos y, por otro, alimentaron formas de organización del trabajo dentro de la fábrica fordista que conjugaban el objetivo de la máxima productividad con el del máximo control sobre los comportamientos obreros. Es posible sostener que, quizás, asistamos a un proceso análogo y a una evolución ulterior de tal fenómeno. Una necesidad renovada de control aparece a partir de las nuevas formas de producción de la riqueza social y de las nuevas posibilidades de apropiación de los recursos: «Mientras el periodo que está llegando a su fin se caracterizaba por el control del intercambio de bienes, la nueva era se caracteriza por el control del intercambio de conceptos».⁴⁵

En consecuencia, emerge de manera progresiva un control *preventivo*, ya que, a diferencia de la riqueza material, la inmaterial no puede ser recuperada una vez que alguien se ha apropiado de ella y la utiliza. Un control *difuso*, ya que, a

⁴⁴ FOUCAULT, M., *La verità...*, pág. 146. Sobre el nacimiento de la policía y sus transformaciones actuales véase PALIDDA, S., *Polizia.../ 2000*, pág. 274.

⁴⁵ RIFKIN, J., *L'era dell'accesso. La rivoluzione della New Economy*, Mondadori, Milán, 2000, pág. 76 [ed. cast.: *La era del acceso. La revolución de la nueva economía*, Paidós, Barcelona, 2004].

diferencia de los recursos materiales, los inmateriales no se localizan en un espacio determinado, sino que se constituyen como flujos, redes, éter. Un control *actuarial*, ya que, a diferencia de los sujetos de la producción material, ubicables y organizables disciplinariamente dentro del perímetro de un espacio productivo definido, la multitud postfordista es una entidad que no se deja reducir a las formas de singularización típicas de la producción fordista y a las categorías conceptuales que sobre ella se sustentan. La productividad fundada sobre el *saber de los muchos* excede, en definitiva, el dominio fundado sobre el *no-saber del poder*.

Nuevas resistencias

En *La voluntad de saber* FOUCAULT se detiene sobre las formas de *resistencia* que aparecen en el horizonte del control biopolítico. Tales resistencias no se asientan, sostiene, en un «lugar del gran Rechazo»; no demarcan una única «alma de la revuelta» ni un «foco de todas las rebeliones» sobre el cual se imprime una «ley pura del revolucionario». Se configuran, por el contrario, como «ejemplos específicos: posibles, necesarios, improbables, espontáneos, salvajes, solitarios, rastreros, violentos, irreductibles, preparados para el compromiso, interesados o sacrificiales».⁴⁶

Las resistencias al gobierno de la excedencia se encuentran en acción constantemente. Se despliegan, de forma molecular, en conflictos difusos, aunque a veces no seamos capaces de darles un nombre, ni ellas lleguen a denominarse o proponerse como resistencias. Según sugiere FOUCAULT, esto es una consecuencia del debilitamiento y agotamiento de la fábrica fordista y de la implosión del régimen de control disciplinario, de aquel lugar del «gran rechazo» que hemos asociado con la forma histórica de la resistencia y de la insurgencia obrera. Habiendo desbordado el perímetro de las instituciones disciplinarias cerradas, los conflictos que surgen en torno a las nuevas estrategias del control postfordista se caracterizan por la multiplicidad de formas, por la

⁴⁶ FOUCAULT, M., *La voluntad...* pág. 85.

irreductibilidad a cualquier praxis hegemónica, por el surgimiento continuo de prácticas híbridas y por la forma rizomática en la que se manifiestan.

Todo dispositivo de control ensambla un conjunto de prácticas, de estrategias y de discursos que dan cuerpo a una economía interna y a una específica racionalidad de dominio. Las resistencias se posicionan precisamente dentro de esta economía y de esta racionalidad para sabotearlas, volverlas ineficaces, para minar la eficacia desde dentro. Casi podría afirmarse esto como un axioma del nexo poder-resistencia. Modelos específicos de control que se constituyen a partir de formas concretas de producción de subjetividad, alimentan (en el acto mismo de ejercicio sobre la fuerza de trabajo) formas de rechazo que se nutren de las contradicciones intrínsecas de los dispositivos de sujeción.⁴⁷

Se impone precisar que no se intenta sugerir la existencia de una relación «dialéctica» entre poderes y resistencias, como si a cada régimen de dominio le correspondiesen formas de rebelión que representasen su negación. Se trata, en cambio, de reconocer que los dispositivos de seguridad sobre los que el control se funda alimentan continuamente una dinámica de evasión, rechazo y contestación de los espacios, los tiempos y el orden al que los individuos son sometidos por el poder que los organiza. Regresemos por un momento a la sociedad disciplinaria. Las tecnologías disciplinarias, al actuar como dispositivos de producción de subjetividad dentro de la fábrica, de la cárcel, del hospital psiquiátrico, de la escuela, delimitaban espacios de control totalizantes que al mismo tiempo se transformaban en nuevos territorios de resistencia al propio control. La disciplina permitía, en otros términos, la localización de la resistencia, que ésta se radicase en el espacio físico y en las

⁴⁷ Según FOUCAULT, es siempre en el interior de las relaciones de poder donde se constituyen las resistencias: no existe una exterioridad absoluta de la resistencia con respecto del poder, desde el mismo momento en que las relaciones de poder están dispersas, extendidas y son «ubicuas». Este es uno de los puntos más controvertidos del análisis foucaultiano (y para mí uno de los más atractivos), con el que se puede evaluar la difícil relación entre FOUCAULT y el marxismo ortodoxo, en particular por el rechazo que muestra él frente a cualquier representación estática, monolítica y vertical de los aparatos de poder.

relaciones de poder que la atravesaban. Esta resistencia podía expresarse como *éxodo de los lugares de control*, esto es, como deseo de sustraerse a esta localización (evasión de la cárcel, fuga de la fábrica o del instituto psiquiátrico), como *desestructuración desde dentro* (sabotaje industrial, formas «atípicas» de huelga) o, finalmente como praxis de *reapropiación del espacio* para destinarlo a un uso distinto del impuesto por el dominio (prácticas antipsiquiátricas, ocupaciones de fábricas, casas de mujeres, comunas anarquistas).

Los mismos mecanismos organizativos disciplinarios que habían hecho posible la grandeza productiva del taylorismo representaron en los sesenta y setenta el elemento de fuerza de una clase obrera que comenzaba a dar vida a prácticas de autovalorización dentro (y en contra) del capital. Todo aquel precioso engranaje de control total sobre la fuerza de trabajo se retuerce así progresivamente contra el dominio capitalista que lo había ideado y articulado. Las mismas rigideces, las mismas máquinas, las mismas cadenas de montaje, las mismas líneas jerárquicas que habían exasperado la alienación, la explotación y la subordinación del cuerpo al valor, permitían ahora que la clase obrera ejerciese un efectivo contrapoder frente al sistema productivo. Todo esto para decir que, dentro o fuera de la producción, dentro o fuera de los espacios definidos por el control, las resistencias nacen exactamente donde los poderes se sustentan, nutriéndose de las mismas características que hacen de ellos poderes «eficaces».

Ahora bien, las tecnologías de control que hemos descrito en estas páginas parecían agotar prácticamente esos márgenes de resistencia, dado que sustituyen lugares, individuos y relaciones subjetivas reales con simulacros, con flujos de datos y de números, con estadísticas y no-lugares en los cuales se hace difícil imaginar siquiera una resistencia. La tabla estadística, el *zoningy* el *mapping* de las áreas de riesgo de la ciudad, la diferenciación de los regímenes carcelarios basada en el origen étnico de los reclusos, el suministro de terapias psiquiátricas sobre la base probabilística del grupo de pertenencia de los pacientes y el resto de los ejemplos de tecnologías actuariales, parecen hacer impensable la resistencia, dado que la anulan en su dimensión subjetiva: desestructuran aquellas formas de interacción social que las tecnologías disciplinarias pretendían transformar y regular.

En otros términos:

La clasificación actuarial, con su sujeto sin centro, parece eliminar por anticipado la posibilidad de una identidad, de una autoconciencia crítica y de una intersubjetividad. Antes que construir la persona, las prácticas actuariales la deshacen.⁴⁸

Sin embargo, quizás es posible considerar todo esto no como la definitiva supresión de las resistencias por parte de un poder de control que ha sofisticado sus propios instrumentos de dominio, sino como un indicio del retroceso radical que experimenta el poder, de su drástica pérdida de control sobre las dinámicas sociales. El actuarialismo, la vigilancia, el internamiento y la limitación del acceso no impiden la resistencia, simplemente tratan de ignorarla, colocando las prácticas de control en un plano diferente, donde el lugar de los sujetos reales es ocupado por imágenes deformadas.

En este punto podemos identificar un nexo particular entre estrategias de control de la excedencia y formas de dominio del capital sobre la multitud postfordista. Del mismo modo en que la dirección del capital se despliega sobre la fuerza de trabajo social en la forma de un simulacro, como continua imposición de categorías que no tienen nada en común con el carácter social y cooperativo de la fuerza de trabajo a la que pretenden aplicarse —trabajo y no-trabajo, productividad e improductividad, ocupación y desocupación—, también el control de la excedencia se despliega a través de la imposición de categorías virtuales y trascendentes, como la clase peligrosa, el clandestino, el sujeto de riesgo, el fotograma, la identidad biométrica.

Si, como ya se ha dicho varias veces, la consolidación de las relaciones productivas postfordistas representa la respuesta a una ofensiva obrera que había comprometido el proceso de acumulación capitalista y la realización del plusvalor, podemos pensar que la misma dinámica se realiza en la transición que va de la disciplina al control. Ya no son importantes ni los sujetos ni la propia materia sobre la cual

⁴⁸ SIMON, J., «The Ideological Effect of Actuarial Practices», *Law and Society Review*, II, 4/1988.

las tecnologías disciplinarias habían podido ejercerse en el periodo fordista. En su lugar aparece una multitud que se evade, que continuamente trata de sustraerse a los espacios delimitados de la disciplina para diseminarse en el tejido social en su conjunto. Ya no vemos, entonces, la definición disciplinaria de espacios y tiempos de control distintos de los espacios y de los tiempos de no-control, sino la explosión de una obsesión casi desesperada de vigilancia total, de gestión de lo imprevisto, de anticipación de lo posible.

Cuando se afirma que el control postfordista asume gradualmente la forma de un simulacro no se pretende desmaterializarlo, ni subestimar la violencia que lo inspira o las consecuencias fácticas que del mismo se derivan. Las nuevas estrategias de segregación urbana, de destrucción del espacio público, de encarcelamiento masivo y de limitación del acceso a la información son fenómenos más que reales. Producen sufrimiento, aislamiento, desesperación y a veces llegan a alcanzar aquel nivel de «muerte biográfica» al que se hacía referencia en las primeras páginas de este libro. Es imposible negarlo. Pero es igualmente imposible no ver hasta qué punto este arsenal de violencia de control que vemos desplegarse en la sociedad contemporánea demuestra toda su pobreza frente a la riqueza de las subjetividades productivas que pretende controlar.

Aquí la incapacidad de comprender y gobernar lo real determina la transición hacia un poder de control de la excedencia que *ya no es producción, sino pura destrucción de subjetividad*. A través de la vigilancia, el gueto, el internamiento, la guerra contra la inmigración, la guerra humanitaria, el poder de control abraza la ilusión de constreñir a la multitud en categorías definidas, de ubicarla dentro de líneas jerárquicas y de imponerle un orden preconstituido. El gobierno de la excedencia, no pudiendo ejercerse sobre el «devenir múltiple» de los sujetos, los cristaliza, atribuyéndoles violentamente una identidad predefinida (migrante, desocupado, criminal), necesaria para posibilitar el régimen de vigilancia. A esta violencia de imposición de una identidad, se le asocia inmediatamente otra, consistente en la distribución de las diversas clases de individuos en los no-lugares del control: la inmigración en las «zonas de espera» del Imperio, la desocupación en los guetos metropolitanos, el precariado en

los intersticios del trabajo negro, la desviación en las cárceles, el trabajo inmaterial en la red, la diversidad existencial en los márgenes.

Sin embargo, dirigiendo la mirada hacia las formas de resistencia que han surgido en los últimos años en los frentes más diversos —la identidad sexual, el trabajo, la inmigración, los derechos de ciudadanía— descubrimos que estas resistencias se están configurando exactamente como prácticas de contestación a los dispositivos que obligan a los individuos a aceptar identidades preconstituidas y a colocarse en los espacios de control prededefinidos. No pienso tanto en las resistencias que han llegado a reconocerse como tales y que a través de procesos que podríamos definir como de «autoconsciencia» se han organizado políticamente, sino más bien en aquellas que emergen en la cotidianeidad silenciosa de las formas de vida y de las experiencias biográficas individuales. Pienso en aquellas resistencias que tienen lugar en la corporeidad de un trabajo hiperexplotado y precario, en las expectativas de vida confinadas dentro de un gueto urbano o en el deseo de fuga que se quiebra contra un confín artificial. «Ejemplos específicos» diría FOUCAULT: emergencias singulares, generalmente subterráneas, casi siempre silenciadas y, en todo caso, transformadas en invisibles por los dispositivos de control postfordista y que, sin embargo, delinean una nueva cartografía de las resistencias biopolíticas. Pienso en los migrantes, cuyo deseo de movilidad, de sustracción, de fuga, choca cotidianamente con los dispositivos de control y localización forzada de la multitud, expresando de hecho una «crítica práctica».⁴⁹ Las políticas de control de las migraciones se traducen en una expropiación sistemática de los deseos, de las motivaciones y de las expectativas que inspiran los proyectos migratorios. Al migrante de la metrópolis postfordista se le sustrae la palabra, se le priva del lenguaje, se le expropia la posibilidad de comunicar la propia condición existencial, reduciéndolo así a la afasia. Vemos aquí desplegarse de manera ejemplar la racionalidad de los dispositivos de control postfordista: los migrantes, al mismo tiempo clase trabajadora y peligrosa, excedencia positiva y negativa, deben ser privados de

⁴⁹ MEZZADRA, S., *Diritto...*

aquellas facultades comunicativas, lingüísticas y afectivas que hacen de ellos una subjetividad que constituye la fuerza de trabajo social. El objetivo es contrarrestar el auto-reconocimiento de sí mismos como parte de la multitud, impedir la construcción de aquellos vínculos y formas de cooperación social y política que pueden dar cuerpo a la rebelión. Los migrantes representan una imagen paradigmática de la multitud postfordista y, ante todo, muestran las formas de resistencia a que ella puede dar vida. Una resistencia, dentro, y contra, el gobierno de la excedencia.